J. A. GIMENEZ-ARNAU



EL FIN DEL MUNDO

N.° 37

Álvaro, que había hecho otras predicciones, anuncia a sus amigos un inmediato fin del mundo.

Los amigos se dedican a consumir, librándose de tabúes y limitaciones, las horas que les quedan de vida. Y cada uno lo hace de una forma peculiar.

José Antonio Giménez-Arnau

El fin del mundo

La novela del sábado - 37

ePub r1.0
Titivillus 18.07.2020

Título original: *El fin del mundo*
José Antonio Giménez-Arnau, 1954
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Protéjalos con un Seguro de Vida

que les garantice el logro de sus aspiraciones y un punto de apoyo para encauzarse definitivamente hacia el éxito en su vida.

Oiga

-como la voz de un amigo- el consejo del Agente de

LA "SUD AMERICA"

COMPAÑIA DE SEGUROS SOBRE LA VIDA

(Inscrita en el Brasil con el nombre de "Sul América")

DIRECCION GENERAL PARA ESPAÑA: PLAZA DE CANOVAS, 4

M A D R I D

Si desea recibir un folleto ilustrado sobre el Seguro de Vida, envienos su nombre y apellidos, domicilio y edad de Vd. y de sus hijos.

Aprobado por la Direccion General de Seguros

A PARIS

EN AUTOPULLMAN

SALIDA EL DIA 8 DE CADA MES

10 días de viaje

VISITANDO:

S. SEBASTIAN, BURDEOS, ANGOULEME, LOS CASTILLOS DEL LOIRA, TOURS, ESTANCIA EN PARIS Y REGRESO POR BIARRITZ A MADRID

PRECIO DESDE PTAS. 4.500

WAGONS-LITS // COOK

(A. V. G. A. T., 5)

Informes e inscripciones en Madrid:

ALCALA, 23,
C. SOTELO, 14,
Palace Hotel
o en
cualquiera de
nuestras
agencias de
España




Señora:
He aquí su
Media Nylón
de alta calidad
elástica,
y
de precio...
nada caro!
Vilma
KNIT OF DUPONT NYLON
PIDALA A SU HABITUAL PROVEEDOR
EXIJA ESTA MARCA EN EL SOBRE Y EN LA MEDIA

PROXIMO NUMERO

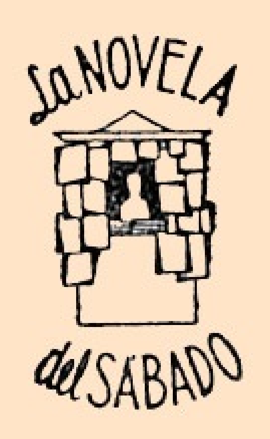
Lluvia de arena.—Claudio de la Torre.

ULTIMOS NUMEROS PUBLICADOS

21. **Gran Turismo.**—Francisco de Cossío.
22. **Los revólveres hablan de sus cosas.**—Antonio Mingote.
23. **El crimen inútil.**—Luis Antonio de Vega.
24. **Doña Berta.**—Leopoldo Alas "Clarín".
25. **La tía Asunción.**—Juan Antonio de Zunzunegui.
26. **Memorias de un caza-dotes.**—Francisco García Pavón.
27. **Flora.**—Elizabeth Mulder.
28. **Cómo se casó Brañanova.**—Armando Palacio Valdés.
29. **¡Bienvenido, Mister Marshall!**—Bardem, Berlanga y Mihura.
30. **Historia de "Farol".**—Carmen Nonell.
31. **La niña de la calle del Arenal.**—Edgar Neville.
32. **Un caballero desconocido.**—Eduardo Marquina.
33. **El secreto.**—Mercedes Fórmica.
34. **Dos corazones con ruedas.**—Juan A. Cabezas.
35. **La otra ciudad.**—Elena Quiroga.
36. **Los mejores cuentos de Navidad.**—Fernán Caballero, Pedro Antonio de Alarcón, José María Pereda, Emilia Pardo Bazán, Enrique Menéndez Pelayo, Ramón del Valle Inclán y Jacinto Benavente.

JOSE A. GIMENEZ-ARNAU

EL FIN DEL MUNDO



AÑO II NUM. 37

I

En aquella finca descuidada —la yedra gigante sobre los muros y la pródiga vegetación en el jardín abandonado, creciendo anárquicamente— resaltaba más que en ningún otro lugar ese noviembre austral que mezcla la enfermiza fragancia de las flores marchitas del cementerio con el sensual reventar de las flores vivas de primavera. No era como en Europa, donde el mes de las flores es el antípoda de noviembre. Aquí coincidían las flores de la Virgen y las flores de los muertos. Y ese injerto de árbol vivo con aromas moribundos llenaba el ánimo de una contradictoria sensación que encajaba bien en el espíritu de aquellos tres seres, tan distintos y tan identificados en su preocupación, que se alejaban de la vieja villa de aspecto misterioso y deshabitado.

Caminaron largamente en silencio, hasta que uno de los dos hombres —el de los pies planos y la apostura más reñida con el campestre escenario— se dirigió a la mujer:

—¿Usted lo ha creído?

No fué ella quien le contestó, sino el otro hombre, uno de esos seres dotados de adaptabilidad y que, a pesar de sus ropas ciudadanas, a pesar del corte elegante de sus vestidos, no desentonaba para nada en aquella polvorienta caminata que acercaba a los tres extraños visitantes a una estación cercana del tren urbano.

—Si usted no tiene el valor de decir que no le creyó, ¿por qué pretende que lo digamos nosotros?

—Es verdad —gimió respetuosamente el de los pies planos—. Siempre tuvo un poco fama de loco —añadió tras larga pausa con voz tímida, vergonzosa, de quien demanda perdón—. Nadie le niega su talento, pero podría equivocarse.

Como aquello era una simple aspiración, nadie contestó. En la mente de los tres cabalgaba aquella ecuación inalterable en que minutos antes se había apoyado el común y extraño amigo, para razonar el motivo de la convocatoria después de años de silencio. Los tres habían recibido una lacónica carta

pidiéndoles que acudieran, y los tres, puntualmente, se habían encontrado en una villa alejada buen trecho de la estación más próxima y de aire huraño y hostil. Una mujer vieja les había abierto y acompañado hasta arriba. Sin entender el porqué de aquella común entrevista, esperaron silenciosos en una sala llena de libros desordenados, con aire de haber sido recientemente consultados y donde viejas colillas y alguna taza con restos de café declaraban su riña absoluta con la limpieza. Después había salido él, y con un aire afable, natural, de quien encuentra un amigo tras pocas horas de haberle dejado de ver, había ido saludando a los tres. A pesar de su abstracción, no cometió el error de olvidar ningún elemental deber de cortesía. Y en aquella presentación hubo un atisbo de la razón que había impulsado a convocarlos juntamente.

Eran aquellas tres personas los únicos seres humanos que le unían al mundo. Ella —Luz Piñeiro—, la hija de su maestro, del hombre de quien aprendió las primeras nociones de la Ciencia. Él —Rodolfo Estrada—, compañero de carrera y rara amistad entre quienes nunca habían tenido un solo punto de contacto ni en aficiones, ni en modo de entender la vida, ni mucho menos en el de practicarla. Y, finalmente, Pedro Gonzalvo, hijo de su jardinero y más joven que él, aunque no tanto como parecía, la más fuerte atadura del sabio a una época de adolescencia lejana y llena de entrañable encanto.

Álvaro Grijalba —¡cómo había envejecido en su soledad!, pensaban los tres visitantes— tuvo un inicial momento de timidez, que diluyó en preguntas impropias de hombre a quien se atribuía tanta ciencia. El tiempo, la familia, épocas pasadas, todo ello salpicado de tos nerviosa, consumió unos primeros minutos en que la agitación del científico se iba comunicando a sus visitantes. Fué Rodolfo, naturalmente, quien con aire mundano salió al paso de su ilustre amigo.

—Querido Álvaro, no pretenderás que en pleno mes de noviembre, obligándonos a llegar hasta esta casa absurda bajo un sol de justicia, nos convocaste esta tarde por el gusto de tenernos cerca. Algo más importante será —rió con desenfado.

—¿Importante? Depende. Shopenhauer diría que no. Cuando ella existe no existimos nosotros, y cuando existimos nosotros no existe ella.

Los visitantes se habían mirado asombrados, temiendo por la razón de Álvaro. Éste había percibido la duda y había sonreído con pueril satisfacción.

—¿Ella? —había, por fin, proferido Rodolfo—. ¿Se puede saber quién es ella?

—La muerte, Rodolfo.

Ninguno de los tres había reído. No habían reído, aunque el modo de pronunciar la palabra había sido absolutamente cordial, casi pueril.

—¿La muerte? —repitió con voz grave y temblorosa Luz—. ¿Bromea usted?

Álvaro no había contestado; se había dirigido simplemente a una gran pizarra llena de números, que nada decían a los tres profanos, y había intentado traducir al lenguaje vulgar conceptos metafísicos. Había hablado sin interrupción durante largos minutos, y luego había encerrado aquella larga peroración en pocas palabras de resumen.

—Mañana precisamente, a las once y veintiséis minutos de la noche, hora de este meridiano, el mundo acabará.

Se sentó y encendió un cigarrillo. Daba la impresión de, tras haber comunicado una noticia trivial, esperar el comentario de los otros.

—La broma tiene poca gracia —afirmó Rodolfo, deseoso de conseguir con su incredulidad una aclaración del amigo.

—Muy poca —repitió pensativamente Gonzalvo.

—Sáquenos usted de dudas, ¿no ve cómo nos tiene? —había, casi histéricamente, pedido Luz ante la impasibilidad de Grijalba.

Éste chupó profundamente de su toscano dos o tres grandes bocanadas y luego, olvidando las palabras oídas, amplió la concreta profecía:

—Anuncié, con un error de veintidós segundos, el terremoto de los Andes. Me equivoqué en dos minutos, mis aparatos son muy imperfectos —se excusó con una sonrisa modesta—, en el de Anatolia. Predije con absoluta seguridad la aparición de los últimos, ¿cómo les llamáis vosotros, platillos, no es así? y supe por qué, cómo y qué significaban aquellos fenómenos que la prensa sabe encerrar simplista y estúpidamente en una sola palabra. Lo de ahora es distinto. Es simplemente el final de este planeta. En el fondo, amigos, un gran orgullo, orgullo literario si queréis, que esto ocurra coincidiendo con nuestra propia muerte.

Hizo una pausa, esperó quizá a que sus visitantes le dijesen algo y luego, ante su silencio, tomó una actitud afectuosa.

—Me pregunté mucho si debía convocaros. Acaso no debía haberos dicho nada. Pero mi estimación por vosotros me impedía el que desconocieseis un hecho al que alguna gente asigna mucha importancia. De mí sé deciros que nada modificará mi vida. Viviré estas últimas horas con la misma curiosidad que me alimentó tantos años de mi vida. Estudiaré, investigaré y acaso pocos

segundos antes de producirse, haya aclarado dos o tres enigmas que aún me preocupan en relación con el gran cataclismo que se avecina.

Se levantó y de un modo silencioso fué estrechando la mano de aquellos tres amigos que segundos después le veían desaparecer por una escalera de caracol que se entrevió un momento y que debía conducirle a la torre de la villa en donde, según el decir de la gente, el estrambótico sabio consumía cuatro quintos de su existencia.

Siempre en silencio, Luz y los dos hombres habían abandonado la casa y ahora se dirigían hacia la estación. Los tres necesitaban la voz de uno de ellos para protestar de la sentencia implacable. Hubiese bastado que uno afirmara su confianza en la mentira, para tranquilizar a los demás. Pero nadie lo hizo. Había tal aplomo en sus palabras, había tal misteriosa fuerza en los números y ecuaciones manejadas, que ninguno de los tres, cuando se acercaban a la estación del tren que en pocos minutos les volvería al asfalto de la ciudad, dudaba que apenas veintiocho horas les separaban del final de su existencia.

—Maldita la hora en que abandoné España —masculló Gonzalvo tratando con sus pasos apresurados de no retrasarse de sus compañeros de caminata.

—Si él no se equivoca, mañana a las once ni habrá España, ni América, ni nosotros —comentó apaciblemente Rodolfo Estrada.

—Morir así, sin enfermedad, sin motivo. En Primavera —dijo Luz, lenta, desesperadamente.

Ya no hablaron más hasta llegar a la estación. Una vez allí, a pesar de que era seguro que el tren fuese vacío y que entre las dos clases no había en la práctica diferencia alguna, Pedro Gonzalvo, el metódico, el ahorrativo, dió prueba de su pesimismo en la frase que dirigió al hombre de la ventanilla de billetes.

—Tres primeras —y tiró despectivamente unas monedas que tanto esfuerzo llevaban dentro y tanto valor habían perdido desde hacía unos minutos.



II

—Hasta pronto —dijo Pedro.

Apenas habían salido de sus labios las palabras, cuando los tres se dieron cuenta de la improcedencia de la despedida. ¿Hasta pronto? Aunque en el fondo, sí. Si aquella científica profecía acababa realizándose, pronto se encontrarían en el Valle de Josafat.

Sin palabras que hubiesen carecido de sentido, tres apretones de manos concluyeron la extraña sociedad que durante unas horas había unido a los tres emigrantes, amenazados del más largo y misterioso viaje.

Rodolfo Estrada, por entre los grupos de obreros y dependientes que, camino del descanso, llenaban la gran plaza frente a la estación de Retiro —la torre inglesa derretida en la asfixiante atmósfera—, pensó antes que en nada en aquello mismo que en el tren, pocos minutos antes, había corregido a Luz. Y sus propias palabras le parecían absurdas. Resultaba que no, que no era indiferente el lugar de morir, y después de todo quizá también él, a pesar de todos los pesares, hubiera preferido en un momento como éste, poder tener cerca una iglesia oscura, pequeña, en la que tratar de ganar el tiempo perdido. Porque lo que no cabía duda es que las últimas horas de que providencialmente disponía había que dedicarlas a tratar de ponerse a bien con Dios. Y quizá España hubiese, en este aspecto, ayudado más a quién dejó de establecer contacto con lo sobrenatural, cuando allí todavía vivía. Después, una guerra que fué incomprensible siempre para su egoísmo y de la que huyó sin querer saber nada, para instalarse en la Argentina, al reparo de viejas fincas familiares de las que hasta entonces solamente un pequeño chorro de pesos había dado noticia de su existencia. Y allí los años de indiferencia, en que mientras la guerra civil y luego la mundial se sucedían, él se aislaba con la ayuda de compañías fáciles que adquiría con la misma facilidad que el *whisky*, el coñac francés, el *champagne*, el tabaco rubio y todos aquellos artículos teóricamente desaparecidos de la circulación.

Ahora, de golpe, quizá por primera vez, se notaba en país extraño y tenía una aguda nostalgia de aquella tierra suya, en donde quizá hubiese sido capaz

de una contrición que aquí, en la exuberancia del estallar de la primavera sería, cuando más, mera atrición, miedo al castigo, horror a abandonar una vida muelle y sensual.

Por su cabeza no pasaba, ni por un segundo, la posibilidad de que la científica profecía fuese o un error o una broma o el resultado de la locura de su amigo. ¿Equivocarse Álvaro? ¡Jamás! En las épocas de estudiantes aquel aprendiz de sabio no marró nunca un propósito meteorológico, y el día en que, aún estudiantes, entre bromas lo había llevado desde San Sebastián a Biarritz para que demostrase sobre el terreno aquella curiosa teoría de probabilidades, le habían visto, medio entusiastas medio medrosos, ganar un enorme montón de billetes con una facilidad sorprendente.

—¿Por qué no juegas más? —había preguntado Estrada, mientras le ayudaba a cambiar los montones de fichas en la ventanilla del Casino.

—¿Volver a este sitio? —había dicho—. ¿Volver a este sitio horrible? Ni por todo el oro del mundo.

Y metiéndose el puñado de billetes en uno de sus bolsillos había abandonado el Casino con un resuelto aire de no volver jamás a pisarlo.

No, nunca se había equivocado y, por lo tanto, no iba a ser ahora la primera vez. Precisamente ahora en que su cálculo no había sido hecho a ojo de buen cubero, sino apoyado en números, en aparatos, en ecuaciones.

Pasó frente a una iglesia que estaba cerrada. Sus pies, por hábito, empezaron a llevarle hacia el Bar del Plaza, aunque la hora no era la habitual y no habría llegado ninguno de los normales contertulios. De pronto se detuvo. ¿Perder dos horas charlando de insustancialidades en el Plaza?, pensó. Y los pasos respondieron volviendo en dirección contraria y desandando el camino recorrido desde que abandonara el tren. No podía permitirse el lujo de repartir las horas que le quedaban malgastándolas con una benevolencia que sólo ahora comprendía qué estúpida había sido. La posibilidad de reanudar pronto los viajes a París, los nuevos modelos de automóviles que ya empezaban a llegar al país, la creciente audacia de Rusia… no. Aquella noche había que monologar sobre el mundo interior y tratar de conseguir de Dios su perdón, aunque no fuese más que alegando la insignificancia del placer conseguido en aquel largo y monótono pecar.

Entre obreros, fué recorriendo lentamente Leandro Alem y desembocó, por fin, en la Avenida Alvear. En medio del verde de los jardines que la rodeaban, estaba la blanca Basílica del Pilar y allí le guiaron sus pasos. Muchas veces —generalmente acompañando muertos elegantes— había llegado hasta esa iglesia, a la que tenía una viva simpatía por aquel aspecto

andaluz que le recordaba tiempos mozos. Ante la puerta de la iglesia dudó. Miró al reloj y vió que aún no eran las ocho. Le quedaban, por lo tanto, veintisiete horas y veintiséis minutos. Había tiempo y en realidad, en toda aquella caminata, no había conseguido que sus pensamientos se ciñesen a su conducta pasada y temía, si se decidía en ese momento, realizar una deplorable confesión.

Se confesaría mañana. Cuanto más tardase más reciente estaría el perdón y más intacto llegaría al temido juicio. Entretanto —era curioso cómo iba familiarizándose con la idea—, Estrada decidió pasear por las avenidas del cementerio elegante. Muchas veces se había sonreído ante aquel espectáculo de vanidad póstuma en que las gentes se despedían del mundo dando una muestra final de opulencia. Los panteones parecían querer superar los del cementerio de Génova, y para conseguirlo luchaban con materiales caros y con peregrinas ideas. Las lápidas —última tarjeta de visita de los propietarios — competían en inscripciones verdaderamente increíbles. Rodolfo recordó cómo en su juventud, él que nunca se dedicó a coleccionista de sellos, se entretuvo en seleccionar epitafios. Pero nada de lo mucho que él consiguió atesorar podía competir con esta mina inagotable que significaba el cementerio de La Recoleta. Recordaba una de las joyas de su colección de adolescente, en aquel epitafio descubierto en un camposanto de una población italiana del norte: «Aquí descansa X. X. Vivió 70 años. Demasiados para lo que hizo. Demasiados pocos para lo que hubiera querido hacer». Era muy distinto el tipo de las tarjetas de visita con las que estos muertos se despedían de los suyos. Muchas, impregnadas de nostalgia, gritaban el deseo de que tierra nativa hubiese podido cobijar sus despojos. Dentro de veintisiete horas, sin epitafio, sin nadie que pudiese llorarle, él se encontraría en medio de aquellos cuyas cenizas iban golpeando ahora sus pies.

Los cipreses le parecían normales, normal aquel ambiente cargado de perfume agresivo de flores degolladas para ofrendar a los muertos, que empezaban a pudrirse en un olor violento y funerario, aquel anochecer de noviembre.

Le sorprendió la advertencia del guarda, cuando le oyó que había que cerrar el cementerio. Nunca unos minutos habían pasado tan de prisa. ¡Las nueve ya! Veintiséis horas y veintiséis minutos. Si hubiese estado en la ruleta, jugando, hubiese colocado veintiséis fichas de las gordas al número veintiséis. ¡Qué estupidez! ¿Y si salía? ¿Qué hacer con aquel dinero? No podía dedicarlo al pecado, porque había decidido no volver a pecar. ¿Y a obras de caridad? Bueno, quizá, siempre y cuando se recomendase a los pobres agraciados con

la generosa limosna que se la gastasen con rapidez. Antes de las veinticuatro horas.

A pesar de sus propósitos, sin saber cómo, se encontró frente al Bar del Plaza. Notaba un gran cansancio, pues no en balde llevaba caminando casi tres horas, aparte del largo trecho recorrido dos veces por la tarde desde la estación a casa de Grijalba.

—Vaya, hombre, creíamos que no venías —oyó que le decía Luis, otro afincado en Argentina desde hacía años, habitual contertulio suyo.

—Tuve quehacer. Me retrasé.

—¿Quehacer tú? —dijo alguien que consiguió con la sola pregunta despertar un coro de carcajadas.

Normalmente Rodolfo, que no era hombre al que le gustase ser centro de las bromas, hubiese impuesto rápidamente silencio. En este caso ni siquiera se ocupó de las risas. Se limitó a responder a la pregunta con palabras que intensificaron la hilaridad general.

—Sí, tenía quehacer. Tenía que pensar.

Por fortuna el camarero, que sin previa consulta se acercaba con el primero de los tres *whiskys* que habitualmente ingería. Estrada antes de cenar, interrumpió en este momento el diálogo. Las palabras de Rodolfo rechazando la bebida impresionaron ya, de un modo más concreto, a los de la tertulia.

—No. Deme un simple vaso de agua.

—¿Has dejado de beber? —preguntó Luis.

—Sí. Me parecía cobarde no saber esperar los últimos minutos sin necesidad de alcohol.

La serenidad de esta afirmación desconcertó momentáneamente a sus amigos, que le vieron ingerir con una digna solemnidad aquel vaso de agua, tan extraño en medio de las mezclas bebidas por los demás.

—¿Qué quieres decir con eso de los últimos momentos?

—¿Es que la frase no está bastante clara?

Una pausa embarazosa se prolongó durante unos instantes, en que todos trataban de convencerse de que el tono y la frase de Rodolfo Estrada era una de esas bromas que él, de cuando en cuando, gastaba colectivamente a sus amigos.

—¿Te vas a suicidar?

—No.

—¿Cómo hablas de tus últimos momentos?

—No hace falta suicidarse para morir.

—¡Ah!, vamos, un presentimiento.

—Puedes llamarle así si te parece.

—No seas pesimista.

Por la mente de Rodolfo cruzó rápida la tentación de preguntarle a su interlocutor si a él le gustaría morir al día siguiente a las veintitrés horas veintiséis minutos. Con la misma rapidez que la tentación, surgió el recuerdo de su propósito reciente y no quiso torturar a nadie. Pero no pudo evitar que la sola idea de la cara que hubiesen puesto todos, si les hubiese anunciado el fin del mundo, provocase en él una carcajada aguda, incontenible, que no sólo dejó helados a cuantos en su mesa le rodeaban, sino que consiguió, por unos instantes, silenciar todas las mesas, que quedaron pendientes de aquel grito extraño, medio dolorido, medio triunfal, que se escapaba de la garganta de Estrada.

Sus amigos se miraron aterrorizados. No necesitaban palabras para comunicarse la idea que en todos había surgido. En el fondo era mucho vino el vino que bebía Rodolfo y mucha juerga la juerga que Rodolfo vivía para que a nadie le pareciese extraño que su cerebro hubiese dado un estallido.

Alguien se excusó con motivo de un compromiso previo y no tardaron en imitarle todos los demás. Segundos después Rodolfo Estrada estaba solo. Había bastado la presencia de la muerte para que los demás huyesen de él como los perros huyen del moribundo. ¡Desgraciados! ¡Si supiesen que también a ellos el destino les reservaba un destino parecido! El reloj del bar dió las diez. Veinticinco horas y veintiséis minutos. Aún había tiempo de dormir. Y Rodolfo Estrada, que hacía muchos meses que no conocía lo que era acostarse antes de la alta madrugada, se fué hacia su casa y, tras tomar un somnífero, se acostó dispuesto a dormir bien su última noche, para estar fresco y lleno de fuerza al siguiente día, en que tenía que obtener el perdón de sus muchos pecados.



III

Luz, al separarse de sus dos compañeros, siguió, sin saber por qué, los pasos de Estrada. En el fondo, no acababa de reaccionar ante la noticia oída hacía bien poco rato. Trataba de revelarse contra su credulidad y no lo conseguía. Eran muchos los años vividos junto a su padre oyendo siempre alabanzas y elogios de aquel Grijalba, destinado a ser sabio desde su misma adolescencia y de cuyas privilegiadas dotes se hacían lenguas incluso su propio maestro que, en el seno de la confianza familiar, reconocía lo poco que le iba quedando por enseñar a quien le superaba ya en casi todo. La admiración de su padre por Grijalba se contagió a la familia y en los momentos angustiosos de la guerra, cuando ella, huérfana y sin problemas económicos —la sabiduría de su padre fué de orden práctico y no había dejado a su muerte problemas de género financiero a la única hija— se encontró en París, huida de la zona roja, pensó en Buenos Aires única y exclusivamente porque allí vivía Grijalba, quien hasta el último momento se siguió carteando semanalmente con su padre desde Argentina, donde aceptara una cátedra dotada de amplios recursos para proseguir sus investigaciones. Ahora lamentaba aquella servidumbre admirativa que le impedía, como sería su ferviente deseo, reaccionar burlonamente ante la concreta amenaza formulada por el sabio. Pero era tarde. No se podía romper en unos segundos una opinión formada día a día, alimentada nada menos que con la propia ayuda paterna. Por otra parte, científicamente, Grijalba había ya, muchas veces, dicho cosas aparentemente extrañas e increíbles que el tiempo había demostrado. No había, pues, salida posible por el lado de la incredulidad y había que tratar de ordenar la propia conducta a base de un hecho que, por lo menos a sus ojos, aparecía como fatal e indiscutible.

Lamentó entonces, como nunca —no era la primera vez que su sensibilidad femenina había deplorado aquella tibieza en sus creencias religiosas— el aire indiferente que sus primeros años respiraron junto a un hombre agnóstico, que nunca discutía las ideas religiosas de los demás, fundamentalmente por una trágica falta de interés. Su paso por un colegio de

monjas fué breve, y luego el Instituto y la Facultad le habían dotado de un temperamento análogo al del padre, por el que tenía una admiración que le hacía copiar incluso sus defectos. Ahora echaba mucho de menos aquéllos, pensando lo consolador que tenía que ser poder entregarse en manos de fuerzas sobrenaturales y dejar que ellas hiciesen lo que la voluntad propia difícilmente era capaz de realizar.

Envidiaba, por ejemplo, aquel caminar sereno de Rodolfo Estrada, que cincuenta metros por delante parecía dirigirse hacia una fórmula de consuelo que ella no podía encontrar. Como si sus pensamientos hubiesen sido percibidos por el caminante, vió que en aquel momento dudaba, para luego, de un modo brusco y rápido, cambiar de dirección por completo y volver de nuevo hacia Retiro. Pensó en seguirle, pero comprendió que sus horas no podían ser quemadas en la imitación de algo. Presentía, además, que en aquellas últimas habría de tener el valor de tomar la iniciativa y no hacer lo que durante toda su vida —ahora lo veía claramente— tanto le había perjudicado. No era hora de imitar, sino, ya que por mucho que lo lamentase no tenía la confianza suficiente o la suficiente fe para pedir protección sobrenatural, buscar en la tierra algo que al menos la compensara de un fin para ella totalmente prematuro.

Prematuro, porque sus treinta años no eran como los casi cincuenta de aquellos tres hombres con los que por la tarde había compartido la confidencia horrible. Treinta años, además, tan vacíos que parecían menos si se trataba de repasarlos a través de experiencias y recuerdos. También culpa del padre, pensó. Él, hasta bien cruzada la veintena, fué el ser que realmente contó en su vida y luego, sus aires científicos, la dureza adquirida en las aulas universitarias, debió privarla de todo encanto porque los hombres, al enfrentarla —a pesar de que ella sabía por el espejo de no carecer de un cierto atractivo— rehuían todo lo que no fuese trato directo de los asuntos, planteamiento de problemas con el estilo más llano, pero sin esas pequeñas interferencias que se producen siempre, aun tratando asuntos graves, entre un hombre y una mujer.

Su amor propio —otra cualidad que heredada de su padre— le había, durante muchos años, impedido hablarse con esta claridad; pero ahora, a pocas horas del final, ¿valía la pena de seguir engañándose? ¿No podía ya, de un modo crudo, brutal, confesarse que allí, en el fondo de su voluntad, en ese pozo hondo, en el que por no llegar la luz no puede uno adivinar el contenido, había habido un gran hambre de ternura, de amor? ¿Se sentía de verdad orgullosa, como algunas veces engañosamente se había querido hacer creer,

por el hecho de ignorar —con sus treinta años cumplidos— lo que era un beso?

La sinceridad con que por primera vez en su existencia afrontaba Luz estos problemas, iba animando su paso y, de pronto, sin saber cómo, se encontró en la calle de Florida, junto a aquel bar de fama dudosa cuyo nombre se pronunciaba siempre con una sonrisa de complicidad o de censura. Se paró un momento. Precisamente en aquel instante entraban dos muchachas jóvenes, al aire los brazos y pródigos los escotes, las cabelleras oxigenadas y un aire indefiniblemente provocativo. No lo dudó un segundo. Su acción fué, por lo menos, paralela a su resolución. Y con voluntad, con aquella misma voluntad con que un día había entrado en la sala de disección para estudiar anatomía sobre la carne muerta de los cadáveres conservados en formol, con la misma energía con que, apretando las mandíbulas, había asistido en el quirófano a la amputación de una pierna, entró en el bar con hambre de revancha, decidida a provocar la experiencia, a probarse que ella también podía gustar, que si el amor no había llegado hasta ella no había sido sino por un cerco convencional que la rodeara; un cerco que ahora trataba de destruir rápidamente porque —¡demasiado tarde!— se encontraba con que por encima de todo quería ser mujer.

Sólo ella advirtió, en un violento temblor de sus rodillas, el esfuerzo que significaba el adentrarse en un campo extraño que, apenas descubierto por sus ojos, resultaba paradójicamente menos anormal de lo que esperaba. Pues qué ¿aquello era el célebre bar objeto de comentarios y reticencias? Igual, exactamente igual que tantos otros conocidos. Alargado, estrecho, una serie de mesas rodeadas de cómodos sillones poblaba el establecimiento, que a la sazón precisamente comenzaba a animarse. En algunas mesas los grupos eran mixtos, en otras había sólo hombres. No faltaban los solitarios de ambos sexos, y ella, un tanto confortada por lo tranquilizador del espectáculo, se sentó en un sillón al que no tardó en acercarse un camarero que, correcto en la forma, no dejó, sin embargo, asomar una cierta sonrisa ante la que él estimaba probablemente cliente por equivocación.

—¿Qué desea, señorita?

—Un *Martini*. Un *Martini* muy seco.

El tono había sido duro, como para demostrar a aquel camarero que no había error ninguno y que ella estaba allí porque quería y no por haberse extraviado; que sabía qué tipo de bar era aquél y que allí había acudido única y exclusivamente por su propia voluntad.

Miró a su alrededor. No lejos de ella, leyendo un periódico de la tarde, se encontraba un hombre de edad madura y pelo casi totalmente blanco, vestido con descuido no incompatible con una cierta natural elegancia. Al verla entrar —ya ella lo advirtiera— había separado sus ojos del diario para examinar a la no habitual cliente del establecimiento. Ahora, mientras el camarero se alejaba en busca de la bebida solicitada, de nuevo el hombre canoso volvió a mirarla, esta vez con mayor detenimiento e impertinencia, como buscando una reacción de aquella mujer que le permitiese seguir la lectura del periódico o abandonarla totalmente.

Luz, que por el habitual mecanismo tuvo que refrenar su primer impulso de sentirse ofendida ante la mirada provocativa y profunda, recordó a tiempo su decisión y sonrió al extraño. El tiempo que quedaba no era mucho y había que quemar las etapas. Ella sabía que esperando diez minutos a lo sumo aquel hombre hubiese recorrido el camino, pero ¿diez minutos no eran mucho, dado lo corto del tiempo que aún quedaba por vivir? Con rapidez sacó de su bolsillo un cigarrillo y tuvo que evitar que al mismo tiempo, y por la fuerza de la costumbre, saliese a relucir el encendedor, ya que esto de fingirse sin fuego era el camino que se le antojó más fácil para acortar distancias. Golpeó el cigarrillo sobre la mesa y fingió una búsqueda infructuosa. No tardó la voz —voz grave, simpática— de su vecino en acudir en su auxilio.

—¿Me permite ofrecerle fuego?

—Muchas gracias. No sé dónde metí el encendedor.

Aspiró profundamente el cigarrillo y lanzó una humareda. A su lado permanecía, en pie, su vecino de mesa, quien tras unos segundos se aventuró a seguir el diálogo.

—Perdone mi indiscreción, pero usted no es de Buenos Aires, ¿verdad?

—No, soy española. Pero vivo aquí hace casi seis años.

—Juraría no haberla visto nunca por aquí.

—Es la primera vez que vengo.

—Ya comprendo. Espera usted a alguien, ¿no es eso?

—Sí.

Él acusó el golpe. Y mientras se retiraba hacia su mesa se excusó por el falso paso.

—Usted perdone.

Luz, contenta a su pesar, no pudo evitar una carcajada que acompañó al hombre en su camino de vuelta. Pero el camarero ya llegaba y refrenó su risa, mientras el hombre airadamente se escondía detrás de su periódico.

Bebió un largo sorbo de la fuerte bebida y fué ella entonces quien se dirigió hacia su vecino. Éste fingía leer, pero, aunque tratase de disimularlo, había percibido la atención de aquella mujer extraña. Por fin levantó los ojos y la vió, divertida, sonriente, pero sin aire de mofarse de él, sino más bien de aclarar una situación que, por lo visto, tenía algo de curiosa.

—Parece que le ha hecho mucha gracia mi planchazo —dijo él, haciéndose el ofendido.

—Planchazo, no —dijo ella—. Lo que dije es cierto. Esperaba a alguien, pero no sé quién es.

—¿Tiene que presentarse con una flor en la mano o quizá con santo y seña?

Ella hizo una pausa, repasó detenidamente la fisonomía noble de aquel hombre y decidió tirar por la calle de en medio.

—No; ni flor ni frase. Lo único que tiene que hacer es presentarse.

—¿Pretende decirme que espera usted a cualquiera?

—Efectivamente.

—Es curioso —admitió honestamente el desconocido—. Nunca hubiera creído que yo me resignase a ser un cualquiera. Sin embargo, ¿acepta usted que yo sea ese que usted espera?

—Puede.

Presuroso fué hasta su mesa y se sentó con ella. Las demás mesas que habían percibido lejanamente el extraño tiroteo, una vez que él estuvo sentado, llevaron su atención por otros derroteros, dando el asunto por liquidado; en fin de cuentas, una aventura más que se había concluido en este propicio ambiente del bar americano.

En cambio, ellos dos, tras el diálogo audaz que los había juntado, establecieron un silencio hecho de doble timidez.

—¿Qué hace usted en la vida?

—Soy médico.

—¿Médico usted? ¿Y gana así la vida?

—No; vivo de mis rentas.

La sorpresa de su acompañante iba creciendo de punto. Tanto que hubo de acudir ella en su auxilio.

—¿Y usted qué es?

—Yo soy músico.

Ella, con intención, había repetido su segunda pregunta.

—¿Y gana usted así la vida?

—Sí. Aunque pueda parecerle mentira.

Otra larga pausa que él rompió haciendo una seña al camarero para que reemplazase el *Martini* de su nueva amiga y el propio *whisky*. Renovadas las bebidas se atacaron temas más directos.

—¿Cómo se llama usted?

—Luz. ¿Y tú? —ella sonrió y explicó en seguida—: Los «gallegos» tuteamos siempre.

—Yo me llamo Marcelo.

—Luz y Marcelo. Sin apellidos. Una médico y un músico. Después de todo con estos ingredientes si no una danza puede hacerse una amistad.

—¿Amistad sólo?

—Los libros no se abren nunca por el final. No les gusta a los autores. Y esta obra está sin escribir siquiera.

El hombre —Luz se daba cuenta con satisfacción, puesto que pensaba que en gran parte era obra suya— se sentía más seguro de sí mismo.

—¿Qué haces esta noche? ¿Quieres que comamos juntos?

Ella en un instante meditó. No, aquella noche no. Ella estaba decidida a dar el salto tremendo en el vacío que significaba olvidar treinta años de principios y de ideas aparentemente falsas. Pero, con todo, sabiendo que aún quedaban veintitantas horas, no valía la pena de hacer aquello hasta más al final, para que si lo que le quedaba en la boca era un sabor amargo, no hubiese que aguantarlo mucho tiempo.

—No, esta noche no puedo. Pero me has sido muy simpático y quisiera que nos viésemos mañana. Te propongo, si quieres, dedicarte toda la noche —dijo con una sonrisa enigmática que Marcelo no podía comprender.

—¿Cuándo empieza para ti la noche?

—Después de la puesta del sol.

—Podríamos, entonces, vernos hacia las ocho, dar un paseo por el Tigre y después beber unas copas en mi casa.

—Me parece perfecto —dijo ella; pero en seguida, como si la vieja falta de confianza en sí misma volviera a renacer, quiso dar una airosa salida a su antagonista—. Claro que a lo mejor te arrepientes y mañana te viene mal la cosa.

—¿Estás loca?

—Mira, toma mi teléfono y mañana, después de las cinco, me llamas. Si todavía quieres hacer ese plan yo, desde luego, estoy libre.

Dictó su teléfono, que Marcelo escrupulosamente apuntó en un papel en que se mezclaban notas musicales con direcciones y guarismos. Después hizo un gesto llamando al camarero, detenido por él con aire medio ofendido.

Al levantarse tuvo la mala suerte de que su bolsillo cayera, vomitando, entre otras cosas, su mechero de plata.

—Has tenido suerte, encontraste tu mechero —sonrió Marcelo recogiéndolo del suelo.

Ella fué sincera, y con una naturalidad que le hubiese parecido imposible pocos minutos antes, se limitó a decir la verdad.

—Mi mechero no lo había perdido nunca. Fué a ti a quien encontré.



IV

Pedro Gonzalvo, por primera vez en su vida, se rió a carcajadas —carcajadas estridentes, pero insinceras— cuando un señor, al coger el tranvía, resbaló y fué dando traspiés hasta acabar en el suelo.

Pedro Gonzalvo nunca se había reído en situaciones parecidas, pero en aquel momento tenía ganas de ser malo. Era un poco la necesidad de revancha la que le obligaba a aquella actitud, después de cuarenta y cinco largos años en que su orgullo se había basado en esa frase que periódicamente oía decir respecto a su persona al pasar por un pasillo de la Compañía o acercarse a un grupo de gente: «Ése sí que es un hombre honrado». A fuerza de honradez —él comprendía que no estaba dotado intelectualmente con exceso— había subido en aquella Cooperativa del ramo alimenticio, que contaba ya en Buenos Aires con veinte sucursales. Su participación en los beneficios —0,75 por 100— todavía no era muy excesiva, pero el porvenir era claro. Él, antes de llegar a la vejez, podría haber dejado a sus dos hijas un buen puñado de pesos con los que vivir sin preocupaciones.

¡Vivir! Se le llevaban los demonios pensando en todo aquel esfuerzo desde la solitaria emigración, hasta que reunió los pesos necesarios para traer a la mujer y a las dos niñas; los primeros años de una austeridad rayana en lo inconcebible, aquel sumar de horas y más horas de trabajo. Todo aquello se había arruinado con sólo dos frases de Álvaro Grijalba. Por primera vez odió a este hombre, cuya amistad constituía para él el más privilegiado de los honores. Él era hijo del jardinero de la casa de campo de Grijalba, en las cercanías de Ávila, y había asistido al progresivo crecimiento de aquel ser, débil, enclenque, que parecía reservar todas sus energías para el espíritu y el pensamiento. Muchas veces habían jugado juntos, y sólo gracias a él, seis o siete años más joven que Grijalba, había éste podido trepar a los árboles o aventurarse en las excursiones misteriosas que una cueva próxima les deparaba algunas veces. Fué Grijalba quien le sugirió la idea de acompañarle en aquel viaje. Pero él no quería ser más criado, y si aceptó la idea de ir a América no quiso depender del dueño y amigo de hasta entonces. A pesar de

que había, generosamente doblado la treintena, empezó en su humilde oficio en la tienda de comestibles, en la que ya era un dependiente de categoría con una pequeña participación de beneficios.

¡Tenía que ser ahora precisamente! ¡Tenía que ser justo dos días antes de la primera comunión de su hija mayor, Irene, que a estas horas andaría probándose ropa blanca que ya no le serviría para una ceremonia que no había de tener lugar! ¿Y esto por qué? ¿Era justo, si el mundo necesitaba de tal castigo, mezclar a la gente honesta con los pecadores? Si la cólera divina necesitaba liquidar una humanidad que había demostrado su incapacidad de vivir con un mínimo de decencia, ¿era lícito sacrificar al mismo tiempo a las pocas excepciones que se habían producido? No, no era justo. No era justo. Y si el trato a la hora de la desgracia había de ser igual para unos que para otros, valía la pena, por lo menos, de vivir las últimas horas en una actitud bien distinta de la que durante largos cuarenta y cinco años le habían siempre acompañado. La campana de las siete y media le sobresaltó. La fuerza de la costumbre le recordó que había prometido volver a la tienda, donde le esperaba el trabajo de la próxima liquidación de fin de año. Sus pasos, olvidando propósitos anteriores, comenzaban ya a precipitarlo en el cumplimiento del deber, cuando la rebeldía se impuso.

—La liquidación de fin de año va a esperar por esta vez —dijo en voz alta llamando la atención de las gentes que, presurosas, pasaban por su lado.

Echó mano a los bolsillos y comprobó la cantidad de dinero que tenía. Mucho más del normal, porque había cobrado del Banco dinero, precisamente para pagar el traje de primera comunión de Irene, comprar algunos juguetes también a Elvira, la pequeña, y entregar una cantidad a Luisa, su mujer, para los gastos que iban a producirse en las fiestas celebratorias del acontecimiento religioso. Un montón de pesos que iban a permitirle hacer exactamente lo que le viniese en gana aquellas últimas horas que no quería pasar junto a los suyos, porque no valía la pena de entristecerse junto a los seres queridos, a los que también —¿por qué, Señor?— les quedaban pocas horas de vida.

Pasaba junto a una confitería, si no elegante, sí por encima de ese término medio al que él se atrevía a entrar sin dudas ni complejos. En este caso no dudó un momento. Con un aire que le hubiera hecho prácticamente irreconocible a quienes habitualmente le trataban, entró y se sentó en una mesa.

El camarero dudó un momento, pero la cara de Pedro Gonzalvo era de tal energía y de tal resolución, que el sirviente prefirió encogerse de hombros y

no dirigirse en tono irónico a un cliente que, indudablemente, no era habitual de la casa.

—¿Va a tomar algo?

—Sí, una copa de anís.

Contuvo con un gesto de la mano al camarero, que ya se alejaba, y con voz imperativa de quien no está dispuesto a privarse de ningún capricho, aclaró la orden:

—Anís español, naturalmente.

El camarero, tras un segundo de duda, se atrevió a aclarar la circunstancia importante.

—Es muy caro…, bastante más caro.

—Anís español —fué la contundente réplica de Pedro, que ponía fin a la cuestión.

Por un segundo olvidó todos sus problemas. Nunca había gozado de ese placer de poder elegir entre dos cosas la más cara. Hasta ahora la elección de un traje —cuando su mujer, apoyada en su propio convencimiento de que la clientela no deja de apreciar bajo la bata un pantalón decente de otro deshilachado, conseguía poner en trance de ejecución la compra de un nuevo vestido— o la sustitución de los zapatos rotos en la eterna caminata que va de la caja a todos los rincones del establecimiento, empezaba con la penosa búsqueda de la tienda en que pudiesen obtenerse con unos céntimos de economía. Algunos compañeros se reían, pero más reía él cuando comprobaba la bondad de su sistema en aquella libreta misteriosa —desconocida, incluso, de Luisa—, en que se señalaban los progresos de una economía que dentro de poco hubiese dejado el porvenir de sus hijas totalmente asegurado…

Ahora había comprendido el sacrificio de su vida. Le había bastado pedir un anís importado, mejor que el del país, naturalmente, pero ni siquiera tan fácil de distinguir y que probablemente le costaría más del doble; le había bastado ese gesto de dominio para comprender las muchas privaciones que sumaban los años dejados a la espalda. Cierto que aquel largo abstenerse de todo placer aumentaba ahora el que obtenía tratando de recobrar en una horas toda la inacabable serie de renuncias que habían ido esmaltando su vida ahorrativa y de trabajo.

—Son dos pesos cincuenta —exclamó insegura la voz del camarero, un poco asustado del extraño cliente, cuya apariencia contrastaba con su petición.

—Ahí tienes tres; lo que sobra, para ti.

¡Tutear y dar propina! Se iban acumulando los placeres. ¿Cuántas veces había tenido que soportar él —bien sabe Dios que nunca de buen grado en el fondo de sí mismo— aquel tuteo que era como el imperceptible hierro que marcaba los oídos con una sensación de esclavitud? ¿Cuántas veces, sobre todo al principio de su vida en la Sociedad Cooperativa de comestibles, no había él aceptado propinas? Ahora las daba. El veinte por ciento, nada menos. Bastaba ver la cara del camarero para comprender que había quedado mejor, incluso, que los habituales clientes de aquella tienda con pretensiones.

Beber anís importado, dar propinas y tutear… Fué entonces cuando la voz de un Satanás escéptico —escéptico a fuerza de fracasar con él— vertió en sus oídos unas palabras: «¿Cuánto tiempo hace que no comiste a tu gusto? ¿Cuánto tiempo hace que en lo más oculto de ti mismo, sin atreverte siquiera a confesártelo, deseabas echar una cana al aire? ¿A qué esperas?»

Bebió de un golpe el anís y sintió un calor familiar. ¿Era sugestión o es que realmente aquel anís era distinto de los otros que en fechas señaladas se bebía, procedente de destilerías que copiaban en el país los métodos de su tierra? A él le pareció estar bebiendo las primeras copas de su adolescencia, en Ávila, las tardes de los sábados, en que se permitía estos lujos. Miró el reloj y vió que tenía tiempo de cumplir el itinerario que *in mente*, sin que él mismo se hubiese dado cuenta, se había formado ya. Una buena comida sin preocuparse de la columna de precios; luego un teatro de revistas; después un *cabaret* —la voz mental le tembló al pronunciar la palabra exótica y pecaminosa—, y finalmente, finalmente… Tanto le azaraba la idea, que con un gesto elocuente hizo que el camarero le trajese, rápido y solícito, una nueva copa. Dió la propina —¡qué pronto se acostumbra uno a lo malo, Dios mío!—, bebió también de un golpe, y ya más reanimado fué hacia la cabina telefónica para mentir a su mujer —¿qué culpa tenía ella y por qué hacerle sufrir inútilmente?— la advertencia de un trabajo extraordinario que le retendría probablemente hasta muy tarde.

Luego, puntualmente, con la escrupulosidad con que él siempre cumplía todos sus planes, empezó con el programa previsto; y, tomando un taxi —¡un taxi para él solo!—, fué hacia la calle Corrientes y eligió un restaurante en el que cumplir el primero de sus pecaminosos propósitos.



V

—*Ego te absolvo a peccatis tuis*…

Eligió la imagen de San Pedro de Alcántara, de Alonso Gano, en aquella capilla oscura para en el anochecer postrero de su vida rezar devota y pausadamente la larga penitencia. Añadió aún plegarias que creía olvidadas. Plegarias que le ruborizaban un poco, porque eran las últimas de su niñez; después apenas si había aprendido alguna, y si la había aprendido olvidada quedó. Eran palabras ingenuas que él recordaba vagamente haber dicho junto a su madre. Sonaban contradictorias, porque en ellas se pedía un descanso plácido, pero un descanso para una noche breve, y la que se avecinaba era una noche larga, sin fin.

Cobró en tranquilidad sus oraciones y se sintió con una serenidad plácida, como nunca recordaba su ánimo. Porque aquello era distinto del sueño profundo y prolongado de la noche última. Ese fué conseguido por un fuerte somnífero, que no le dejó despertar hasta casi las dos de la tarde. Ahora no; ahora su tranquilidad nacía de una rendición de cuentas hecha a fondo y de la sensación maravillosa de un Dios con una dosis infinita de generosidad, que le abría los brazos a tiempo justo.

Salió a la calle. Un hombre modesto se le acercó preguntándole la hora. Él sonrió. ¿La hora? Instantáneamente tuvo la idea maravillosa. Se quitó el reloj de pulsera y se lo tendió.

—¿Es que no tiene usted reloj? Tome el mío.

—No, señor, de ninguna manera. Estoy citado con mi mujer y no sé la hora. No pretendí en modo alguno…

—Tengo mucho gusto en regalárselo. Ahora son las ocho menos diez, pero quédese con el reloj.

El desconocido, bien pasados los sesenta y con aire pulcro y modesto, miró asustado a Estrada. ¿Se trataría de un loco? Pero su gesto era tan imperioso, que no tuvo más remedio que aceptar el regalo. Sí, indudablemente le faltaba un tornillo. El propio donante se lo estaba colocando en la muñeca, mientras una sonrisa le bailaba en los labios. Apenas

le soltó, a paso rápido se alejó de él. Estrada le vió marchar y ya no pudo reprimir la risa que pugnaba por escapársele. ¡Pobre hombre! Debía pensar que estaba totalmente loco. ¡Regalar un reloj suizo de oro! ¡Un aparato maravilloso para marcar el tiempo! Pero si usted supiese, pobre anciano, que el tiempo iba a faltar de un momento a otro, ¿qué es lo que pensaría? Calmó su hilaridad y volvió al escenario de veinticuatro horas antes. Quería esperar allí la noche y, aunque sabía que puntualmente, a las nueve, el vigilante le invitaría a abandonar el cementerio, él aguardaría sentado en el ombú gigante, frente a la basílica del Pilar, a que… no sonasen las once y media. Hasta entonces las campanas del reloj de la iglesia le ayudarían, ahora que había, por inútil, regalado el pequeño reloj suizo.

Sintió hambre, y pensó que, después de todo, era estúpido el no calmarla, y metiéndose por la avenida Quintana, llegó hasta una cafetucho, en que comió unos *sandwichs* y bebió una cerveza. Luego, despacio, volvió a pasear paralelamente a la tapia, por la que se asomaban los cipreses, curiosos de aquel hombre que de un modo tan sereno se enfrentaba con la muerte.

Y como si asistiese a una sesión de cinematógrafo, fué repasando su vida estúpida. Era como si quisiese convencerse de la inutilidad de lo vivido para reafirmar aquella tranquila serenidad con que esperaba la muerte que se avecinaba. Estaba el sol extrañamente rojizo. Años atrás, una noche en que un temblor en la cordillera había destruido ciudades enteras, recordaba que también el firmamento presentaba un aspecto parecido. Sólo que ahora la danza habría de ser más fuerte, pensó. Era infinitamente bello el contraste del verde intenso de los cipreses al injertarse en el fondo rojo del cielo que los envolvía. Poco a poco fueron encendiéndose las luces de la ciudad. Una lástima, porque su luz oscurecía la que brillaba más arriba. Fué hacia el ombú y se sentó en aquel banco inmenso que lo circundaba. Había algunas gentes, pero él eligió un trozo en el que pudiera esperar solo aquellos últimos cuartos de hora.

Sonaron las diez, reclinó la cabeza y esperó… Cerró los ojos y otra vez, como un rato antes frente a la prodigiosa obra de Alonso Cano, le vinieron a la mente las oraciones infantiles: «Con Dios me acuesto, con Dios me levanto». Ya no habría que levantarse más. Después de todo, ¿importaba demasiado? «Cuatro esquinitas tiene mi cama…» ¿Quién había de decirle que la cama última fuese este banco de madera circular, que se apoyaba en el tronco gigante del árbol exótico? «Ángel de mi guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día…»

—Ha temblado, ha temblado.

La voz angustiosa trajo de nuevo a la realidad a Estrada.

—¿No lo notaron ustedes?

Algunos grupos corrieron desde las aceras hacia el centro del jardín, y a Estrada le dieron ganas de decir la verdad. Pero sí, había temblado, estaba temblando. Era el fin del mundo. ¿Más para qué este anuncio, si quizá sólo quedaban segundos?

—Tembló ya otra, vez antes, hacía las once y media.

¿Las once y inedia? ¿Cómo podía ser aquello? Con un gesto instintivo miró hacia su muñeca y recordó que había regalado su reloj. Nerviosamente —la duda metía en su sangre la intranquilidad después de haber aceptado serenamente la muerte—, se dirigió a un grupo que pasaba.

—Por favor, ¿qué hora es?

—Las doce menos diez.

—¡Imposible!

—Sí, tiene usted razón; mi reloj retrasa unos minutos. Pero seguro que aún no dieron las doce.

¡Las doce! Entonces Grijalba se había equivocado. A menos que…

—¿Hubo un temblor de tierra? —preguntó al hombre, que se alejaba.

—Sí, pero nada especial. Por estas cosas no me asusto. Yo soy de Mendoza, ¿comprende?

¿Entonces? No sabía qué decidir. Sus pasos, automáticamente, le llevaron hacia el centro. Al pasar por entre los grupos, no escasos en la noche calurosa, oía la referencia al ligero temblor de tierra. De pronto, al cruzar Callao, vió, del brazo de una señora de edad, una muchachita rubia, de ojos claros, apenas con veinte años. Se volvió hacia ella y la miró con deseo. En seguida recordó la confesión. Una comezón de nerviosismo le iba envolviendo.

Hizo un esfuerzo y miró hacia adelante. Después de todo, se tranquilizó en seguida, admirar una obra de arte no es tampoco un pecado. De verdad que era bonita la muchacha. El pelo, los ojos, la misma figura.

Se preguntó dónde iba y prefirió no contestarse. Sus pasos, sin embargo, volvían al itinerario recorrido cientos y cientos de noches.



VI

El teléfono sonó a un tiempo con las campanas que en la iglesia cercana señalaban las cinco. Luz, a pesar de su intensa desesperación, no había podido olvidar la cita, preguntándose si también el fracaso debía esperarla en esta ocasión postrera. El solo tintineo de la campanilla telefónica apagaba sus temores.

—¿Un paseo en barco por el Tigre? No sabía yo que un músico ganase tanto dinero.

—El barco no es mío, no te hagas ilusiones. Con lo que vale podría yo vivir muchos meses sin tener que mirar el pentagrama. Pero me lo presta un amigo y a los efectos prácticos es lo mismo.

Era aquello como quien se droga en una crisis dolorosa. Aquella aventura en ciernes, una aventura que apenas si tendría tiempo de empezar, bastaba para hacerla olvidar todos los pensamientos desordenados que con tono de protesta había formulado durante las últimas horas, en aquella larguísima noche apenas sin poder conciliar el sueño y luego, en un día ya plenamente veraniego, que parecía reírse de sus mortales presentimientos.

Frente al espejo se examinó con más aire crítico que nunca. No, no había ninguna razón para aquella frialdad que desde su adolescencia le había rodeado. Sus facciones eran correctas; su cutis, terso y sin sombra de arrugas, a pesar de los treinta ya cumplidos; sus ojos, grandes y expresivos; su boca, grande, humana, descubría unos dientes regulares. Quizá le faltaba precisamente algún rasgo que rompiese aquella armonía, un punto de sal que aderezase todos aquellos elementos aisladamente magníficos, pero que asociados carecían de todo atractivo. ¿O vendría el mal de otro lado?, se preguntó mirándose a los ojos de cerca. ¿No sería de dentro de sí misma, de aquella su eterna actitud de recelo, de donde vendría la falta de comunicación espiritual que nunca llegó a producirse con un hombre? ¿Por qué apenas ella, la víspera, había sonreído a Marcelo, éste se había sentido atraído a la aventura? En cualquier caso, demasiado tarde para reflexionar. La aventura había venido forzada. Se trata de un músico como pudiera ser un ingeniero;

un hombre de la edad madura como hubiese podido ser un adolescente. El reloj mandaba y el reloj no permitía ningún tipo de exigencias que, por otra parte, eran ya perfectamente inútiles.

Muchos meses, quizá años, hacía que Luz no ponía tanto cuidado en el arreglo de su persona, que ella observaba con cierta ironía, bien lejana del miedo de horas antes, cuando le amargaba el pensamiento del poco tiempo que le quedaba para servirse de sus encantos.

Tenía apenas seis horas de vida y, sin embargo, en su ansia de volver a ver a Marcelo, se le hicieron insoportablemente largas aquellas que la separaban de la hora de la cita.

Con una puntualidad pareja a la del teléfono, esta vez el claxon ritmó con las campanas cuando las ocho se anunciaron en la torre vecina. Marcelo, también más cuidado su atuendo que la víspera, acaso sometido a un trabajo paralelo al que ella minuciosamente había realizado ante el espejo, se encontraba al volante de un automóvil convertible. Un automóvil prestado, naturalmente, pensó ella mientras se dirigía hacia él, segura de sí en aquel traje estampado comprado a un modisto de fama.

—Creí que no vendrías —confesó él, mientras estrechaba su mano y le ayudaba a acomodarse junto a él, al lado del volante.

—¿Por qué no había de venir?

—Eres demasiado hermosa. Me parecía imposible poder llegar a ligar contigo.

Ella no dijo nada y se limitó a pesar el significado de la palabra *ligar*. Hasta ahora ella la había empleado solamente en algunas partidas de *poker* y la había oído emplear en el cine o en el teatro. Pero con ella no había nunca ligado nadie. ¡Si supiese su compañero la primicia absoluta que tenía al lado!

Le hizo hablar de su vida. Una vida que, quizá porque en su ignorancia estaba a punto de acabarse, parecía más romántica e interesante a los oídos de Luz. Una familia enérgica, estricta, que se oponía a la tendencia bohemia, a la que desde niño Marcelo parecía destinado. Él mismo trató de luchar y se prestó a empezar los estudios de ingeniería, siguiendo la tradición familiar. Pero una noche, tras un concierto en el Colón —Bach, Beethoven— vino su decisión, tomada sin cruzar la palabra siquiera con sus padres. Una carta explicó su propósito de vivir sólo para la música, no ignorando los sacrificios que la vida le preparaba. No sabía él, cuando inició aquel camino, la intensidad del esfuerzo que debía realizar para no dar marcha atrás, accediendo a perdones que reiteradamente le fueron ofrecidos. Pero al fin su nombre, aún en letras pequeñas, llegó a los escaparates. Había que transigir

algunas veces y descender a músicas menos puras que la que él amaba, pero con todo ahí estaba, y mal que bien se había defendido, rechazando siempre —aún ahora— las ayudas de la familia que, dejándole por imposible, quería colaborar a sus no muy exagerados ingresos.

Ya estaban en el Tigre, y aquella charla los había colocado cerca de las nueve de la noche. En el barco, un marinero les esperaba y se brindó a acompañarles. Los dos rechazaron el ofrecimiento y segundos después se encontraban entre embarcaciones que regresaban, mientras se encendían las luces de las casas de la orilla con un aire de faros familiares que atraían al excursionista embarcado.

Fué ahora el turno de Luz, y ella, con una digna sinceridad —¡qué importaba ya el pasado!—, contó toda su vida a aquel hombre cercano a los cincuenta, sin más secreto que el de la razón que le atraía junto a él, como temerosa de que la violencia de un fin próximo quitase valor a aquella aventura amorosa.

Sintió ganas de fumar y, recordando la frase de la víspera, le pidió fuego.

—No sé dónde metí el encendedor, ¿me podrías dar fuego?

Tenía el cigarrillo apagado en las manos y él se volvió y la miró a los ojos. La noche era clara, pero sin luna, a lo lejos se veían los fanales de un barco mayor que se acercaba y Marcelo lo contempló un segundo. Finalmente se acercó y, venciendo un débil gesto de defensa, no fingido ni querido por Luz, la besó profundamente.

Ninguno de los dos pudo luego recordar cuánto tiempo había durado aquello, porque se encontraron los dos en el agua tras un golpe enorme que los levantó en vilo antes de que cayesen en las sucias aguas del río. Luz pensó que por una vez Grijalba se había equivocado y que el cataclismo se había producido un poco antes de la hora calculada. Marcelo recordó las luces del barco que se aproximaba y dió al hecho una explicación menos trascendente. Se encontraron, por fin, ayudados por unos marineros que los sacaron del agua y de la sorpresa, en un camarote lujoso, frente a un hombre alto, calvo, que vencido el primer momento de ira se regocijaba del incidente.

—¿Qué demonio hacían? No les hemos matado por milagro.

Les hizo beber *whisky* puro y luego los trasladó a dos camarotes en donde cambiaron sus ropas mojadas por otras menos elegantes pero más secas.

—No podrán descender hasta que remolquemos su barco. Me temo que tiene una vía de agua y que la broma le va a costar una punta de miles de pesos.

Marcelo y Luz sonrieron; el primero porque sabía que a él no podía costar ningún arreglo una punta de miles de pesos y Luz porque estaba en el secreto de que dentro de poco nadie podría gastarse nada para arreglar algo.

Vestidos con unos pantalones de franela, unas camisas de marinero y unas chaquetas a cuadros —nunca Luz había imaginado una tal indumentaria para sus últimos momentos— subieron a cubierta. Tres marineros habían conseguido amarrar un cable al barco de Marcelo y lentamente se acercaban a la orilla.

Ahora empezaba a asomarse un pedazo de luna que iluminaba tenuemente la escena de aquel naufragio que otra vez parecía había destruido las esperanzas de Luz. Sobre todo teniendo en cuenta que tardarían aún en salir de aquel barco que les había salvado —¿salvado de qué, Dios mío?— y ahora los retenía prisioneros aquellos minutos que Luz hubiese necesitado para seguir la ruta que los labios de aquel hombre conocido la víspera le habían gozosamente anticipado.

—Tenemos para una hora larga, de modo que les propongo comer alguna cosa.

Siguieron al anfitrión y se encontraron ante una mesa ricamente surtida, al estilo de esos *yachts* de verdad que algunas veces se veían en las películas. Luz, quizá por el remojón, se encontraba con un apetito excelente y comió, olvidándose de su fin próximo, olvidándose sobre todo de aquella última ocasión que había tenido de conocer al amor.

El viejo propietario, mientras abría una botella de *champagne*, sonrió a los dos náufragos. Luego, tras dudar un segundo, calentado quizá por el alcohol que a los tres comunicaba una nueva cordialidad, se atrevió a preguntar:

—Ustedes me perdonarán la indiscreción, pero juraría que son recién casados, ¿verdad?

—Casi, casi… —sonrió Marcelo.

El *champagne* le hizo bien, porque sentía una pena horrorosa de perder a aquel hombre. Era mucho peor aquel dolor que el de la pasada noche en que eran esperanzas inconcretas, vagos fantasmas los que se lloraban al dejar esta vida. Ahora estaba la clara humanidad de Marcelo, que, recién conocida, debía abandonarse.

Ella miró a su muñeca, pero el reloj con la mojadura se había parado a las diez y cinco. Primero intentó un cálculo, luego prefirió la realidad.

—Por favor, ¿qué hora es?

—Las once y media —contestó a ojo el anfitrión.

—No, las once y media no pueden ser —afirmó Luz con seguridad—. No pueden haber dado las once y media.

Miró entonces su cronómetro aquel socarrón con aire de lobo de mar y corrigió con toda exactitud:

—Tiene usted razón. Falta un minuto; son las once y veintinueve.

¡Imposible! Claro que un error de pocos minutos no quería decir nada. Rezó. Rezó una oración por ella y luego, viendo que aún le quedaba tiempo, rezó también por Marcelo, ese hombre a quien ella debía confesarse que quería.

Poco después oyeron cómo el barco atracaba y subieron a cubierta. A unos metros estaba el convertible que les había traído. El propietario del barco tomó su dirección y les prometió mandar al día siguiente sus ropas y recoger las que les había prestado. Pocos segundos después corrían de vuelta a la ciudad. De pronto, en un recodo del camino, bajo unos árboles que oscurecían que hacían propicia la parada, Marcelo detuvo el coche. Ella, con dureza, le mandó seguir.

—¿Por quién me tomas? —dijo luego, tras unos segundos de silencio, como arrepentida de sus propias palabras.

—Por lo que eres, por la mujer más digna de ser querida que he conocido en la vida.

Los ojos de Luz, nublados con unas lágrimas de felicidad, se posaron en la esfera luminosa del reloj parado en las diez y cinco.



VII

—Anís español.

Meditó un momento, contó mentalmente el dinero que aún le quedaba, de sobra para aquello y mucho más, y completó la orden:

—Y otro para aquí, para el amigo.

Sin palabras, con una simple inclinación de cabeza, el aludido aceptó la invitación. Era la séptima u octava estación de aquel recorrido que Pedro llevaba hecho después de las horas de descanso que se concedió en un modesto hotel, incapaz de volver a su casa y despedirse de su mujer y sus hijas. Para lo otro, para la aventura amorosa clandestina, no había tenido valor. No había tenido valor ni ganas. ¿A santo de qué hacer una cosa que no apetecía? El anís, sí. Incluso después de lo ingerido la víspera daba al reseco paladar una bocanada de aire español, permitía revivir muertos recuerdos de aquella época en que no existían problemas, en que se trabajaba duro, pero no había que unir al trabajo el pensamiento de los hijos o de la mujer o del futuro.

Telefoneó varias veces a casa fingiendo un trabajo extraordinario que compensaría con creces la pequeña separación. Y fué a la tienda, para evitar que allí pudiesen llamar a casa, sembrando la alarma entre los suyos. Y luego, tras una comida cara, pero que ya no ingirió con la gula de la víspera, el recorrido otra vez, bebiendo anís y recordando la lejana adolescencia.

—Póngalos dobles —y como para tranquilizar al camarero, un poco extrañado de la generosidad del cliente, a quien cuarenta y ocho horas sin afeitar no daban un aspecto muy opulento, echó sobre la mesa unos pesos.

—Salud y pesetas —le dijo el otro, que por el acento había comprendido que se trataba de un español.

—¿También usted es de la tierra?

—Sí, pero llevo treinta años sin haberla pisado. A mí me pasó lo que a aquel compatriota nuestro que cuentan llegó de polizón en un barco, atraído por la fama de la riqueza de esta tierra y de la posibilidad de hacer pronto una fortuna. Parece ser que, al bajar, tropezó con una moneda de oro en el suelo.

En lugar de recogerla le pegó un fuerte puntapié y la tiró al agua. «Las que debe haber en este país…» dijo a sus amigos por toda explicación. Naturalmente que no volvió a ver otra y acabó su vida cargando maletas en el muelle.

—Yo no le pegué la patada a la moneda —aclaró Pedro que no por estar un poco borracho quería ser confundido con lo que no era—. A mí esta tierra no se me dió mal. Lo malo es que todo ha sido inútil. Esto se acaba.

—¿Le ha salido un cáncer? —preguntó el otro con aire de quien se toma mucho interés.

—A mí no me ha salido nada. Mejor dicho, a mí me ha salido lo mismo que a usted y que a todos.

—Si es por eso esté tranquilo. Yo nunca me he encontrado como esta última temporada —y como demostración de sus facultades apuró despacio la gran copa de anís.

Pedro se echó a reír. ¿Se lo contaba o no se lo contaba? Después de todo para qué amargarle los últimos minutos. El reloj marcaba las once y cuarto. Pero también era un poco cargante tener que aguantar la risita de aquel tipo que le había tomado por un loco o un borracho.

—No, al decir yo lo que decía me refería a que de fuente absolutamente segura he sabido —bajó la voz para hacer la confidencia más solemne— que el mundo se acaba dentro de once minutos.

—¡Ah!, bueno, si es por eso no hay que darle importancia. Hasta tiene la cosa su lado agradable. ¡La cantidad de enemigos que van a reventar esta noche!

Pedro se dió cuenta de que su invitado le había tomado por loco o por borracho. Comprendió que él, colocado en una situación contraria, hubiese procedido de modo análogo y, por lo tanto, en lugar de irritarse se sintió como confortado por el escepticismo del desconocido.

—¿Tomaremos otra aún, verdad? —Hizo un gesto y el camarero se apresuró a servirle—. Comprendo que usted piense que le ha caído en turno un borracho. La verdad es que desde ayer he empinado bien el codo. Y eso de oírse decir que el mundo se acaba es demasiado. Hay que conocer a la persona que ha hecho esta afirmación para darle algún valor. Si usted supiera, por ejemplo, que mi hija debía tomar mañana la primera comunión y que yo llevo muchos años trabajando para que mi familia no tenga problemas el día de mi muerte, quizá usted comprendería que yo puede que sea tonto, pero que no procedo ni como loco ni como borracho.

Habían llegado las copas y el desconocido, que hacía tiempo que no bebía un anís mejor y más barato, hizo un gesto comprensivo al mismo tiempo que bebía un trago, calculando que hasta que pasasen los once minutos quizá tenía tiempo de conseguir una nueva invitación.

—Si lo que le han pronosticado es el fin del mundo insisto en que esté usted tranquilo. Si usted acaba figúrese la cantidad de tipos que vamos a acompañarle.

Se hizo una larga pausa, porque Pedro comprendía que aquel hombre estaba tratando de darle cuerda y de pronto le había entrado por él un profundo disgusto. Bebió, pues, su copa y se refugió en sus pensamientos. Cerró los ojos y vió el hogar familiar. Su mujer acostada, en la habitación de al lado las dos niñas en las dos camas gemelas, al pie de una de ellas, bien extendido, el tul del manto que al día siguiente debería haberla acompañado. Así, con los ojos cerrados, dejó pasar el tiempo. Esperaría así el final. En su compañía. ¿Qué importaba que estuvieran lejos? De pronto el viejo reloj de la taberna dió un golpe. Las once y media, pensó mentalmente. Y con un gran miedo de la respuesta, dirigiéndose al hombre del mostrador, inquirió simplemente:

—¿Ese reloj va adelantado?

—Sí; va adelantado.

—¿Mucho?

—No, ni cinco minutos.

Volvió a cerrar los ojos, esta vez latiendo el corazón más apresurado. No podía negarse que habría deseado intensamente que a su pregunta el tabernero hubiese contestado que no, que el reloj iba bien o retrasado. De pronto, el vaso de cristal junto a la botella tintineó. Sus ojos se abrieron para ver la luz del establecimiento que de un modo neto se balanceaba.

—Ha temblado, ¿no se dieron cuenta? Son las once y veintiséis minutos —dijo Pedro, excitado.

—No sea usted pesado. No sé si veintiséis o veintisiete. Pero algo parecido —dijo molesto el tabernero, que se había asustado del temblor.

—¿Habrá sido otra vez en la cordillera?

—Con tal de que no sea como el de San Juan.

Como el de San Juan. Ahora verían, porque aquello debía ser sólo el principio. Cerró los ojos y rezó, primero por Luisa, después por las dos niñas y luego por él. Había hecho mal en pasar aquellas horas bebiendo, pero Dios sabía que él no había tenido el valor de acercarse a sus hijas y a su mujer sabiendo que estaban condenadas a muerte.

Aquella oración le tranquilizó y abrió los ojos, después de lo que él estimaba haber sido un minuto breve de recogimiento. Pero el tiempo había pasado rápido para las saetas del reloj que marcaban las doce menos veinte.

Sólo entonces se decidió a sacar el suyo, lo único que quedaba de la herencia paterna y que, a pesar de los años, funcionaba con una exactitud de cronómetro. No podían mentir los dos. El suyo marcaba las doce menos veinticuatro. Tembloroso se puso en pie de un salto, lanzó sobre la mesa unos billetes, que le dolieron más que todo el resto de lo gastado en aquellas horas, y sin despedirse de nadie salió corriendo y se puso en cola de un tranvía que debía llevarle hasta su casa. Pasaban muchos taxis, pero él no podía gastar un céntimo, tenía que empezar a recuperar aquel centenar de pesos dilapidados en pocas horas y que estaba dispuesto a recobrar a costa de minutos de sueño, de sudores, de cuanto fuese. Pero ni el recuerdo de aquellos pesos malgastados consiguió velar la felicidad que se escapaba de sus ojos humedecidos que, en la oscuridad de la noche, veían proyectado lo que, dentro de pocas horas, sería la luminosa comunión de su hija.



VIII

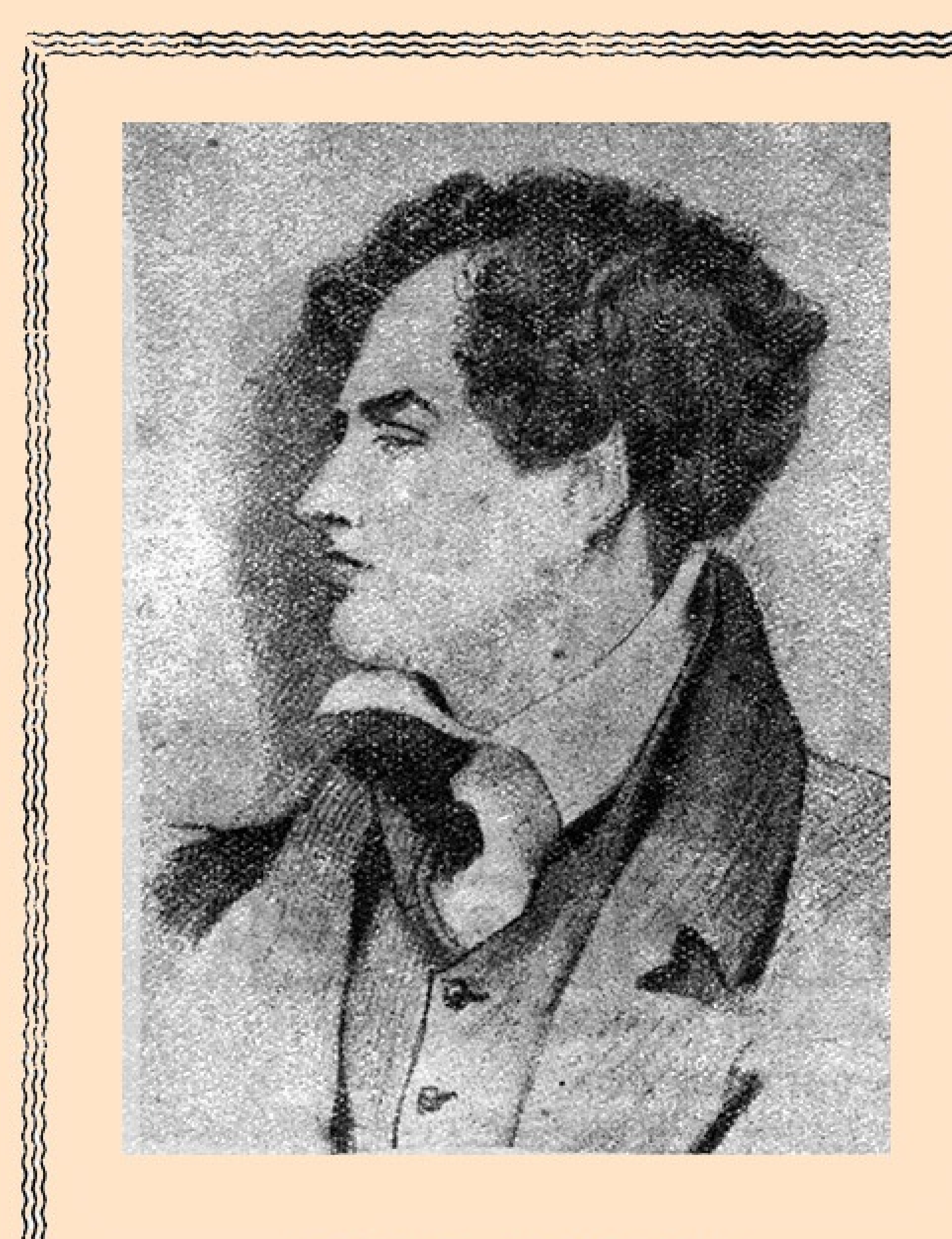
Fueron a tres horas distintas esta vez. Pedro aprovechó la vacación concedida por la comunión de su hija y, apenas salieron de la iglesia, se excusó para acudir hasta la finca lejana del viejo sabio.

Luz llegó más tarde, casi a mediodía. Venía ahora no en el convertible amarillo de la víspera, sino en un taxi modesto, aunque también acompañada de Marcelo.

Casi anochecía cuando llegó Rodolfo.

Los tres, cada cual en su estilo, entraron con el paso decidido de quien va a cantar sus verdades, explicando los perjuicios recibidos por la falsa información. Los tres, también, salieron con paso lento, apesadumbrado. Habían sido injustos. El error del sabio había sido insignificante. Ellos lo habían comprobado cuando, instintivamente, viendo aquel cadáver abandonado horas enteras en el polvoriento observatorio de la quinta, habían fijado sus ojos en la esfera del reloj paralizado en la caída. Y aquellas once y veintiséis horas implacables que marcaba, les habían hecho comprender cuánto de verdad había en el pronóstico de aquel hombre que en vida se llamó Álvaro Grijalba.

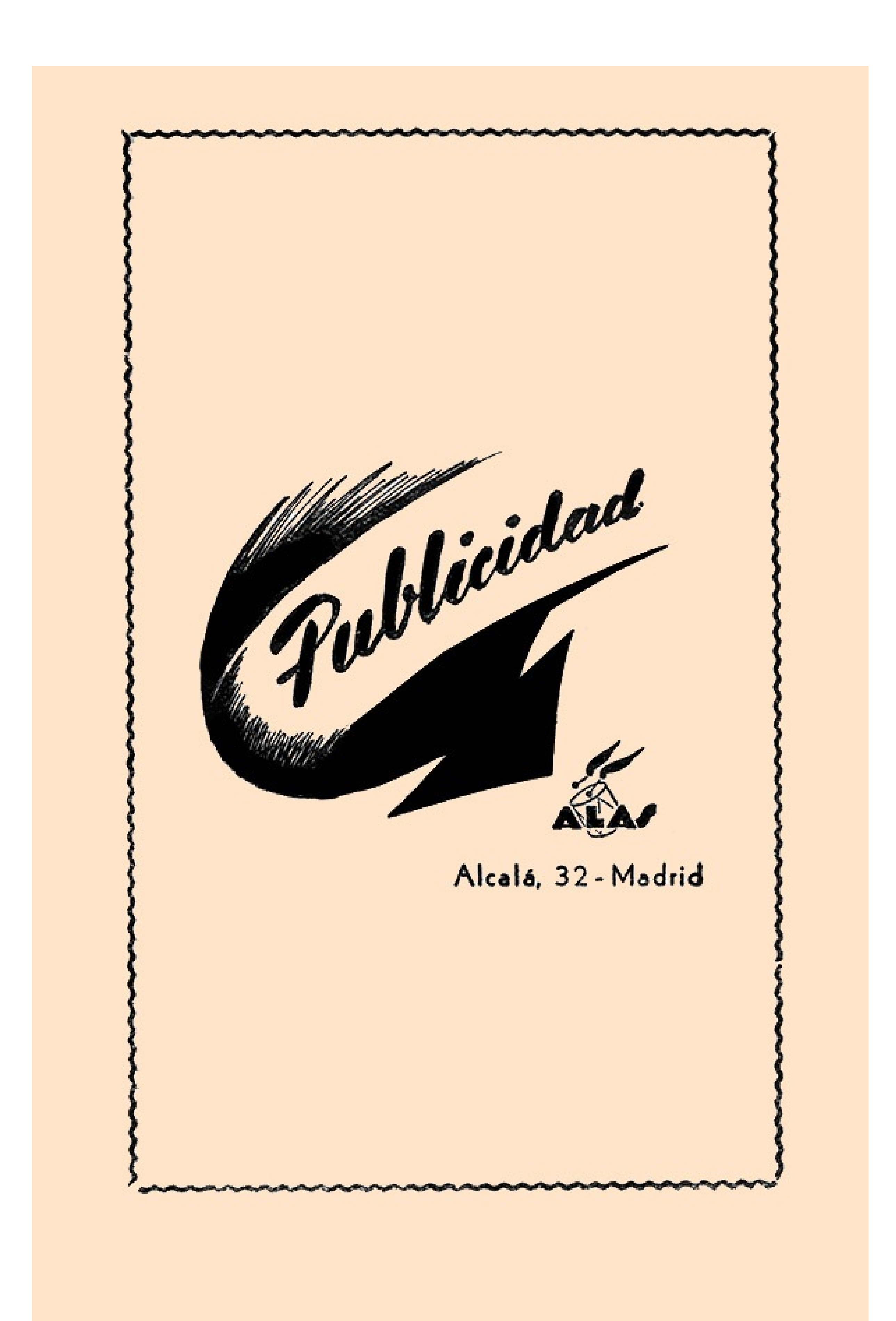


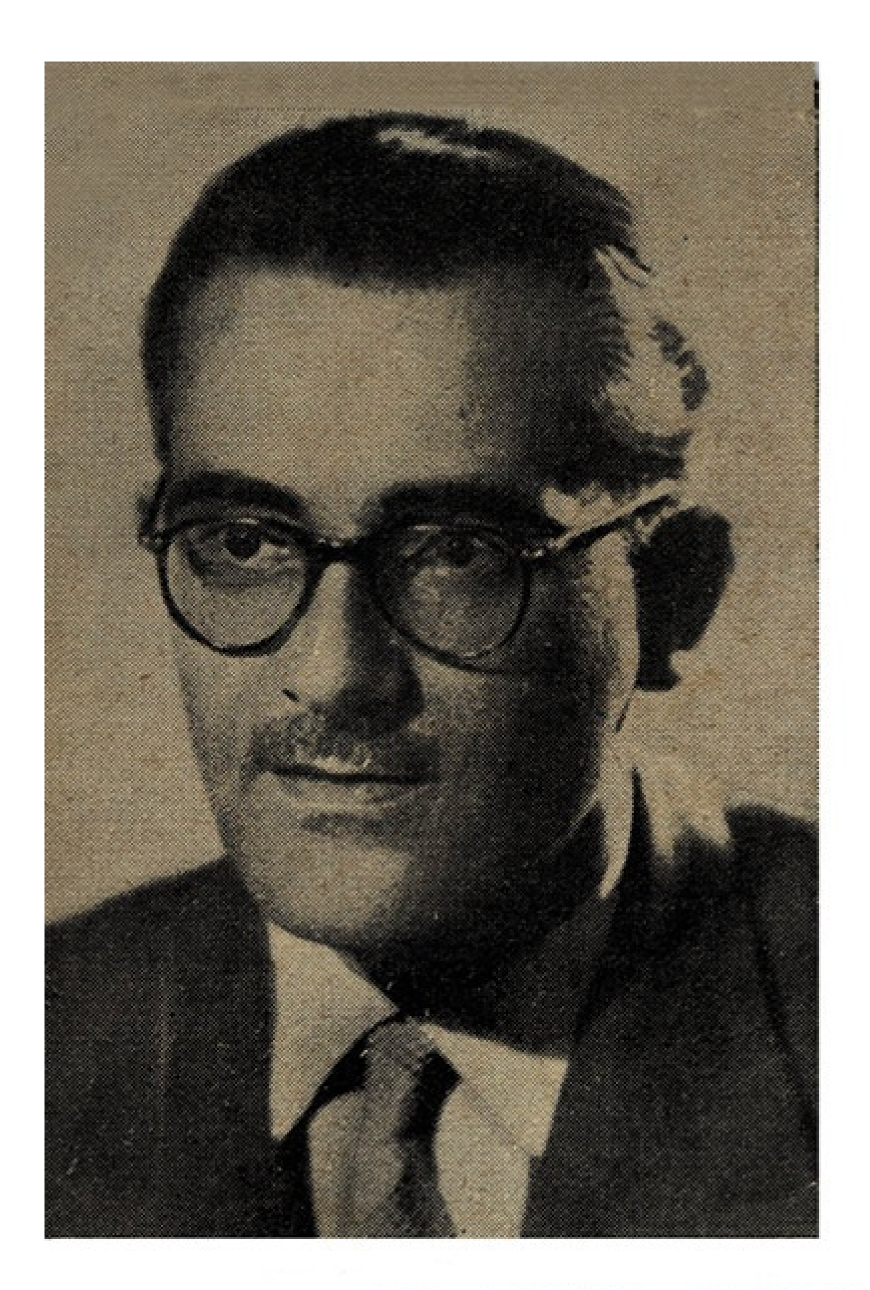


LORD BYRON

...hubiese sido un cliente de

GALERIAS PRECIADOS


Publicidad
ALAS
Alcalá, 32 - Madrid



JOSE ANTONIO GIMENEZ - ARNAU

Nace en Laredo (Santander), en 1912. Ingresa en 1942 en la carrera Diplomática. Es autor de las siguientes novelas: «Linea Sigirfed», «El puente», «La colmena», «La hija de Jano», «La canción del jilguero», «Cueva de ladrones», «De pantalón largo» (Premio Cervantes 1952) y «Luna llena». Ha estrenado sus comedias «Murió hace quince años» (Premio Lope de Vega, 1952) «Carta a París».

PRECIO DE ESTE EJEMPLAR PTAS. 6



JOSÉ ANTONIO GIMÉNEZ-ARNAU Y GRAN (Laredo, 8 de mayo de 1912 - Madrid, 27 de enero de 1985) fue un diplomático, periodista y escritor español.

Jefe de prensa en la zona franquista durante la Guerra civil española, fue uno de los autores de la Ley de Prensa de 1938 que puso al conjunto de la prensa al servicio del Estado. Con posterioridad ejerció puestos de representación diplomática en Argentina, Irlanda, Nicaragua, Guatemala, Brasil, Portugal e Italia.

Periodista de profesión, llegó a dirigir varios periódicos y fue autor de numerosas obras.